

## EL REINADO

Ahí estaba. Esperando. Pronto llegaría ella. Le habían dicho que venía de un lugar lejano, pero lo que hizo allí nadie lo sabía. De repente vio que aparecía una yegua blanca como la nieve, con una mujer sentada encima. La yegua paró donde estaba ella, y la mujer la miró con curiosidad. Ella y la amazona se parecían bastante: tenían el pelo del mismo color y la nariz ligeramente torcida hacia la izquierda.

-Buenos días buena mujer -dijo Leonor. Se extrañó cuando ella no se bajaba de la yegua y le hacía una reverencia, pero fue al grano –¿No habrá visto usted un coche por aquí llevando a la reina, verdad? –dijo temiendo que se hubiesen perdido.

-Hola guapa, me llamo Andrómeda, y esta yegua de aquí se llama Nieve. ¿Cómo te llamas? -dijo la amazona. Empezamos bien: no se arrodillaba, le llamaba guapa en vez de alteza, no la trataba de usted y no se sabía su nombre. Y todo esto subida a la yegua, que como había dicho se llamaba Nieve. Creía que esa extraña mujer iba a contestarle la pregunta y ya está. A lo mejor venía desde muy lejos, como su madre, y no sabía que Leonor era la princesa de este reino. Decidió explicárselo:

-Me llamo Leonor. Encantada de conocerte Andrea.

-Andrómeda.

-Lo siento Amanda. -Dijo Leonor volviéndose a equivocar.

-¡Andrómeda! -Corrigió entre risas.

-Perdón Andrómeda -dijo Leonor, un poco molesta de que se rieran de ella de aquella manera.

Pero se había vuelto a equivocar, y eso era demasiado para la amazona, que a duras penas lograba controlar su risa; esta vez explotó sin remedio.

-¡¡An...dróme...da!! -Consiguí decir, aunque no se le entendía. Incluso Nieve parecía estar riéndose. Leonor estaba hecha una furia: Vale que venía de un lugar lejano, que no sabía nada de ese reino, que era muy rara y que se había equivocado, pero reírse así de ella, la princesa... No, por ahí no pasaba. Qué falta de educación, qué mujer y yegua tan horribles. Estuvo a punto de pegarles un grito de los suyos a ese par de desgraciadas que seguían riéndose a carcajadas, pero entonces recordó lo que su antigua institutriz le había dicho: "Las personas maleducadas no merecen atención. Como tú eres la princesa debes dar ejemplo y ayudar a esas personas, y sobre todo no pegar tus gritos. ¿Me lo prometes?" Se lo había prometido, y jamás había roto una promesa. No iba a hacerlo ahora. Respiró hondo y cuando se calmaron yegua y mujer, les empezó a contar lo que ya había intentado, esta vez tratándole de usted a ver si así Andrómeda lo hacía también con ella:

-Este es el reino de Zajapla, y yo soy la princesa del reino. Estoy esperando a mi madre, la reina, que viene en coche desde un sitio que nadie sabe, ni siquiera yo. Por eso le he preguntado si ha visto al coche que la lleva, es una limusina negra con una corona de oro en el techo y otra en el capó. Tendrían que haber llegado hace un cuarto de hora... Oye, ¿está bien? -preguntó al ver que empezaba a mirar a todos lados. Parecía estar buscando a alguien.

-¿Que si estoy bien? -dijo Andrómeda -¿Que si estoy bien? -repitió. -¿Yo? Ja, ja, ja, ja. -Se puso seria de repente. -¿No le estarás hablando a Nieve, verdad?

Leonor estaba un poco confusa. No recordaba haber dicho nada gracioso. Y estaba segura de que la pregunta la había formulado bien. Esa mujer la estaba sacando de sus casillas. Roja de ira respondió a su pregunta:

-No, no le estaba hablando a Nieve. Y, si puede saberse, ¿Por qué se ríe tanto? -dijo Leonor. Lo dijo con un tono tan frío y duro que Andrómeda dejó de reírse de pronto y se bajó de Nieve. Leonor sonrió satisfecha por haberla intimidado.

-Tranquila, es que no sé a quién más hablas. -Leonor al principio no supo qué quería decir, pero luego comprendió que se refería a que le había tratado de usted, y esa forma de tratar a alguien es hablándole como si hubiese otra persona con ella. Esta vez le tocó a Leonor reprimir su risa, porque estuvo a punto de explotar a carcajadas.

No pasa nada, -dijo una vez calmada- voy a volver a explicártelo otra vez para que lo entiendas: este es el reino de Zajapla, y yo soy la princesa del reino. Estoy esperando a mi madre, la reina, que viene en coche desde un sitio que nadie sabe, ni siquiera yo. Por eso te he preguntado si has visto al coche que la lleva, es una limusina negra con una corona de oro en el techo y otra en el capó, tendrían que haber llegado hace un cuarto de hora y... oye, ¿estás bien? -Leonor no se lo creía: había tenido que hacer la pregunta OTRA VEZ. Al menos no era el mismo problema que antes, porque en vez de mirar a todos lados le estaba mirando fijamente a ella, demasiado fijamente para lo que estaba permitido mirar a la princesa.

-¡Eh! ¿Qué estás mirando que te sorprende tanto? No está permitido mir... ¡¡OYE!! - exclamó al ver que Andrómeda se le estaba acercando con los brazos abiertos. En esos confusos segundos para Leonor pasaron muchas cosas:

1ª: Andrómeda se le estaba acercando para abrazarle. Como Leonor aún no sabía muy bien lo que estaba pasando, no hizo nada por impedir que lo hiciese.

2ª: Andrómeda le abrazó. Leonor fue a protestar pero entonces ocurrió la 3ª cosa.

3ª: Andrómeda empezó a llorar. La amazona dijo: Hija, cuánto tiempo -y siguió llorando.

4ª: Leonor entendió todo. La princesa abrazó con más fuerza a su madre.

**En otro lugar del reino:**

Buenas tardes, vengo de palacio, en nombre de su majestad la princesa Leonor de Zajapla. Busco a su majestad la reina Andrómeda I para llevarla a palacio en la limusina. Nos dijo que esperaría aquí. ¿La ha visto? -Preguntó el guardia real Noé.

-¿A la vieja Andrómeda? Se fue hace un rato al palacio sobre Nieve. Me dijo que te diésemos esto- respondió José, un viejo amigo de la reina, mientras le daba al guardia una nota.

*Holaaa, quees que no me apetece ir en la limúsina otra bez que no me gusta, prefiero ir con Nieve, que es muy maja, no se poq a vosotros os muerde, creo que es porque oleis mal, ~~echinos~~ güaros.*

*Ala, chaoooo.\**

\*Hola, es que no me apetece ir en la limusina otra vez, que no me gusta, prefiero ir con Nieve, que es muy maja, no sé porqué a vosotros os muerde, creo que es porque oléis mal, guarros. Hala, chao.

Vale, si sois medianamente listos comprenderéis que los guardias reales no suelen perder los estribos. De manera que ya os habréis imaginado la reacción del guardia real Noé. Se tragó todo tipo de palabras mal sonantes y se serenó. Era el único de 582 candidatos que había logrado pasar la prueba con éxito para ser guardia real de la reina: aguantar un día a solas con ella. A la mayoría de personas les parecía pan comido al principio, pero en cuanto empezaba la primera broma de la monarca, abandonaban al instante la prueba. Noé Hernández Gil fue el único que pudo con todas y cada una de las bromas de la reina, y eso que la monarca se lo puso difícil. El problema llegó cuando resultó que como nadie más había superado la prueba, no había más guardias. De manera que tuvieron que admitir al puesto de guardia real a todos los que se habían presentado. Pero resulta que nadie quería el puesto. La cosa, que al final Noé es el único guardia *real* del reino. La palabra *real* se refiere a que es *verdadero*, no a que es de la realeza, por si no os había quedado claro.

-Gracias buen hombre, ¿me podría decir hace cuánto se ha ido? Por favor -preguntó Noé.

-Buff, hace una hora o así. Dijo que se iba por la ribera del río Zaj, por la parte izquierda cruzando el Puente de Santa Isabela -contestó José.

-¿Pero ese puente no estaba derruido? -preguntó asustado el guardia.

-Eso mismo le pregunté yo cuando me lo dijo, pero me contestó que Nieve sería capaz de saltarlo

-dijo José despreocupado.

-¡Pero hombre, tendríais que haberla detenido! ¿Y si se ha caído o le ha pasado algo? ¡Nunca me lo perdonaría!

Después de decir esto, Noé subió a la limusina y se fue pitando al Puente de Santa Isabela. Pero como solo tú, Leonor, la propia Andrómeda y yo sabemos, sus preocupaciones y esfuerzos eran en vano porque Andrómeda y Nieve estaban a salvo en el camino de tierra que lleva a Palacio junto con su hija.

#### **De nuevo en el camino:**

-¿Por qué no vienes en limusina? -preguntó.

-Porque es muy aburrido -contestó Andrómeda. -Solo puedo mirar por la ventanilla mientras que Nieve tiene que ir en ese remolque para llevar caballos y se pasa el viaje llorando porque quiere correr. Se me parte el corazón -añadió.

-Una pregunta ¿Cómo habías dicho que te llamabas?

-Princesa Leonor de Zajapla -dijo Leonor sorprendida. Creía que su propia madre sabría mejor que nadie el nombre de su hija.

-¿Leonor? Yo te puse Yamoja de pequeña -dijo extrañada.

-Ah eso, sí, el guardia real Noé me dijo una vez hace unos 10 años que tú me habías puesto ese nombre, pero yo me lo cambié porque no me gustaba nada. -Con la alegría de poder ver a su madre por primera vez (por si no lo he dicho antes, Andrómeda se fue de viaje cuando Leonor solo tenía 1) no se dio cuenta de que estaba ofendiéndola, así que siguió hablando: -Y me parecía bastante ridículo el nombre, así que fui al notario y le dije que ahora me llamaba Leonor, un nombre que me parece muy bonito y digno de una princesa... (se da cuenta) -Esto... perdona, lo siento madre, no quería ofenderte...

-No, no te preocupes, estoy bien cariño, gracias, ya eres mayor para tomar tus propias decisiones. Lo siento yo por haberte puesto ese nombre tan horrible. Si quieres puedo llamarte así -dijo Andrómeda apenada.

-Bueno vale, sí, creo que será lo mejor, pero ¿seguro que estás bien, madre?

-Perfectamente -mintió- y, si no te importa, deja de llamarme *madre*. Prefiero que me llames *mamá* o *mami*. ¿Vale? -pidió Andrómeda.

-Vale madr... quiero decir, mamá.

### **En el castillo:**

¡Guau!, cuando yo me fui esto no estaba así -dijo la reina. Estaban en la amplia entrada del castillo. Leonor, a los seis años decidió que *su* palacio no podía estar así de desordenado: todo lleno de papeles y envoltorios de chucherías, pistolas de agua y de tinta estropeadas, y lo que más asco le daba: cagarrutas de caballo por todas partes. No solo por la entrada, también por el resto del palacio. Leonor no soportaba el desorden, así que había mandado limpiarlo todo. Aún se encontraba regalitos de caballo en algún rincón.

-Sí, bueno, es que... -Pero se lo pensó mejor para no herir a su madre -...los mayordomos pensaron que era un sitio mejor para cuidar de una princesa - mintió.

Esa noche llegó el guardia real Noé. La reina y él se saludaron, todo el personal del palacio también, y hubo una especial bienvenida a la reina, junto con el bufón real. La cena fue sobre las diez de la noche, porque hubo muchas bienvenidas. Para cenar hubo macarrones a la boloñesa, aunque la reina y el bufón no quisieron queso. Todos los demás se echaron mucho, porque la especialidad del cocinero era el queso rallado. Pero cuando empezaron a comer, supieron que la reina les había gastado otra de sus bromas...

-*Laurent* (Así es como se llamaba el cocinero, venía de Francia), creo que esta vez te has pasado de sal -dijo Leonor. Muchísimo -mientras, la reina y el bufón se desternillaban de risa en el sitio. Y es que la reina había aprovechado para gastar la primera broma de la gran lista que tenía guardada debajo de su colchón. Normalmente el personal de Palacio era difícil de engañar, estaban siempre alerta, pero la confusión de la bienvenida era algo que Andrómeda y el bufón no podían desaprovechar. Esta jugarreta consistía en cambiar el contenido del bote de queso por sal. Esa era la razón de que la pareja de granujas no había pedido queso. ¡Ahora el personal y la pobre princesa tenían un plato de macarrones lleno de sal!

Aquella noche, Leonor se fue a la cama pensando que tenía muy mala suerte teniendo una madre como esa. No le había gustado nada la broma de su madre. Finalmente *Laurent* había sacado la comida que tenía reservada para emergencias. Con esos pensamientos se durmió. A la mañana siguiente, el palacio se despertó con un alarido del mozo de cuadra. Los caballos estaban bien, pero Nieve estaba diferente. Cuando la vieron, todos soltaron un grito tremendo. Lo que le pasaba es que estaba cubierta por una sustancia roja. El guardia real Noé se acercó a Nieve. Todos contuvieron la respiración, la tocó y finalmente anunció: -Es pintura roja.

Se oyó un suspiro de alivio. De repente llegaron la reina y el bufón.

-¿Qué hacéis todos aquí? -preguntó Andrómeda.

-Majestad –dijo Noé- algún granuja ha pintado a Nieve de color rojo.

-No ha sido ningún granuja, he sido yo -dijo seria-, pensé que le favorecía más el rojo.

Después de decir esto se echaron a reír la reina y el bufón. Leonor había presenciado la escena de principio a fin. No podía más, su madre se había presentado de repente porque sí y lo primero que hace es gastarle bromas de mal gusto. Cuando ya se habían ido todos a preparar el desayuno, la princesa se acercó a su madre.

-Mamá. ¿Te puedo preguntar una cosa?

-Lo que quieras cariño.

-Bien, pues quería preguntarte qué es lo que hiciste durante los 15 años que estuviste en algún sitio que nadie sabe. Dónde fuiste renunciando a tu propia hija, tu reino, tu gente, tus amigos y muchas cosas más que seguro que no he dicho. Quería saber qué era eso tan importante que me había hecho pasar noches en vela preguntándome quién era mi verdadera madre y por qué me había dejado. -Leonor sin darse cuenta había empezado a llorar a medida que lo iba diciendo.

-Pequeñina, no llores. -Cuando Leonor se hubo calmado, Andrómeda continuó. -Sabía que lo acabarías preguntando algún día. Y ese día ha llegado. Ven, siéntate. Será una historia muy larga. Hace aproximadamente unos 15 años, me llamaron para completar una misión muy importante. Tengo un grupo de amigos que han inventado una máquina para viajar por dimensiones. Como soy la mejor guerrera que se conoce, me pidieron ayuda para derrotar a un dragón de una dimensión y así salvar a todo un mundo. Los habitantes son como nosotros, menos por una cosa: son completamente pacíficos. Allí jamás ha habido guerras, ni siquiera una pelea entre hermanos para decidir de quién es un juguete. Incluso los animales son así. Aquí los machos se ganan a la hembra por la fuerza, allí por el amor. Solo comen plantas, no son capaces de matar a nada ni a nadie. Menos mal que no saben que las plantas son seres vivos, porque si no morirían de hambre. Los



únicos animales que son agresivos son los dragones. Se comían a los habitantes, y ellos no podían hacer nada al respecto. Incluso intentaron hablarlo con el dragón, pero no entendían nada. Ni lo que decían los *paciedos* (es como llamamos a los habitantes) a los dragones, ni lo que los dragones a ellos. Estos amigos que te estoy diciendo acabaron con todos menos con uno. Era demasiado fuerte. Si no lo matábamos acabaría con ese mundo tan genial. ¿No te has preguntado alguna vez por qué no te había reconocido cuando nos vimos por primera vez? Pues es porque en esa dimensión el tiempo pasa de otra manera. Me habían avisado ya, pero como te había dicho, no tenía elección. Me despedí de ti, del reino, de mis amigos, de todos. Y me fui. Un día allí equivale a un año aquí. Para mí fueron dos semanas las que estuve fuera, pero para ti, 15 años. No te reconocía porque solo te había visto en forma de bebé. Además, como te habías cambiado el nombre, más difícil todavía. Lo siento, a mí me hubiera gustado criarte, verte crecer, pero no pudo ser. Hay cosas en la vida que no son justas. Y luego lo primero que hago es gastarte una broma, y luego otra, y luego otra. Sobre eso lo único que puedo decirte es que lo siento, y que no sé por qué lo hago, supongo que porque soy así, es mi carácter, mi forma de ser. -Leonor nunca había creído que existieran los dragones. Siempre le decían de pequeña que no se creyera esas tonterías. Aunque tampoco era mentira: en *esta* dimensión no existían, pero en otra sí.

-Esto, me he quedado con la boca abierta. ¿No es otra de tus bromas? -Andrómeda negó con la cabeza. -Vale, solo para estar segura.

-Ahora me toca a mí preguntar. ¿Qué te gustaría ser de mayor? -Leonor se sorprendió.

-¿Pero mi trabajo no será ser reina de Zajapla?

-Sí, pero además puedes tener un trabajo. Yo soy guardaespaldas. Por eso sé luchar tan bien -dijo sacando pecho.

-Pues... no lo había pensado. Aunque tengo tiempo para pensarlo, solo tengo 16 años. Hasta los 18 aún hay dos años.

-Bueno, pues tú piénsatelo. Tienes que pensar en lo que te gusta hacer, que no te dé mucho trabajo para poder dedicar tiempo al reino... bueno, todas esas cosas. -Se levantó y dijo: Bueno, no sé tú, pero yo me voy a desayunar. Ha pasado un rato entre palabra y palabra y me muero de hambre. ¿Vienes? -la invitó.

-No, creo que me quedo un poco más -respondió Leonor. Cuando Andrómeda se fue, la princesa se quedó pensando sobre lo que había estado hablando con su madre.

### 16 AÑOS DESPUÉS...

-Majestad, venimos para pedirle unos vestidos para la duquesa Suau. Va a celebrar una fiesta y no tiene conjunto de invierno. ¿Le parece bien tenerlos para el día de Navidad?

-Bien, para ese día los tendréis. Lo haré a mi gusto. Todo el mundo me dice que les encantan mis trajes cuando los hago a mi gusto, y como no es la primera vez que la duquesa me pide trajes, ya sé lo que le gusta -dijo la reina. Los mensajeros se fueron. Aún recordaba el día en el que su madre le había preguntado qué quería ser de mayor. Entonces tenía 16 años y ahora tenía 32, era la princesa y ahora la reina y ahora tenía una familia, un negocio como diseñadora de moda y una madre que cuenta a sus nietos las aventuras que corrió durante su juventud. Era la responsable de un reino, que era feliz. Y claro que, por supuesto ella, la reina Leonor II, era muy feliz.

FIN